

ANTOFAGASTA

LOS MEJORES
100
CUENTOS

XIV VERSIÓN

EN 100

PALABRAS

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS DE
LA DECIMOCUARTA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plágio
Abril de 2024

Selección | Fundación Plágio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plágio
Edición | Sebastián Astorga Ariztía

Inscripción nº 2024-A-2482 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-59-0
Tiraje: 20000 ejemplares

www.antofagastaen100palabras.cl

Impreso en Santiago de Chile por Aimpresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

ANTOFAGASTA

LOS MEJORES
100
CUENTOS

XIV VERSION

EN 100

PALABRAS

En estas páginas encontrarás los 100 mejores cuentos de la última edición de Antofagasta en 100 Palabras. Estos breves relatos nos adentran en las historias, experiencias, anécdotas y sueños de personas muy distintas entre sí, pero que comparten algo en común: el lugar en que viven.

Por medio de estos textos, podemos leer, por ejemplo, sobre la soledad de un algarrobo en el desierto, sobre nuestro pasado y presente minero o sobre cómo se siente una lluvia en Antofagasta.

Para Escondida | BHP es un honor ser parte de esta iniciativa que invita a la comunidad a inspirarse en la región para relatar sus vivencias. Fomentamos la escritura y lectura creativa en todos los grupos etarios, y eso nos entusiasma porque al mismo tiempo estamos contribu-

yendo a la cultura y lo hacemos a través de esta iniciativa que sigue viva durante el tiempo y ya cumple 15 años.

En todo este tiempo, Antofagasta en 100 Palabras ha reunido más de 67 mil cuentos y se ha transformado en un espacio de participación emblemático en el norte de Chile. Estos relatos son un testimonio invaluable de la región y de sus habitantes a lo largo del tiempo.

Por lo anterior, celebramos la creatividad y esperamos que Antofagasta en 100 Palabras siga sumando miles de historias que nos conmuevan, nos inspiren y nos sigan permitiendo tener sentido de identidad y pertenencia a nuestra región.

¡Por muchas ediciones más!

ESCONDIDA | BHP

Estamos felices porque este 2024 celebramos 15 años de Antofagasta en 100 Palabras. Como Fundación Plagio nos llena de alegría ver cómo ha crecido el proyecto en la región y cómo se ha convertido en un registro histórico de la memoria y vivencias de sus habitantes, pero sobre todo nos alegra ver cómo Antofagasta en 100 Palabras es ya parte de este territorio, y cada año miles de personas lo esperan para escribir un nuevo cuento o leer un nuevo libro como el que tienes en tus manos.

Por medio de los miles de cuentos que se han escrito en el concurso podemos conocer un poco más de lo que es y ha sido la Región de Antofagasta. Estos textos nos sorprenden con recuerdos, sueños, fantasías, añoranzas, anhelos. Estas historias estampan una memoria colectiva única, imposible de encontrar en otro lugar, una memoria de la calle, de lo íntimo.

En esta nueva versión escribe esa historia que estás esperando contar hace años y no has encontrado dónde o imagina situaciones improbables y escríbelas.

¿Y si mañana creciera una selva en el desierto? ¿Y si de pronto todo quedara en silencio? ¿Y si mañana fuera ayer? En esta nueva versión del concurso te invitamos a observar y expandir las fronteras de tu imaginación.

Esperamos leer esa historia.

FUNDACIÓN PLAGIO

Mafia nocturna

Las aves de La Portada trafican estrellas para los cielos despejados.

MARIANA HENAO MEDINA, 16 años, Antofagasta.

Pampa

El camino del desierto, árido y ardiente, trae hombres silentes y cansados. Paisaje enervante y trágico, tumbas solitarias llenan espacios perdidos de otros que pasaron. Contemplo en ellos piel curtida, ojos insondables, sin límites. Las piedras de la pampa esconden secretos de amantes desdibujados en el tiempo. Una plaza abandonada, troncos que fueron árboles un día, risas de niños fantasmas, trenes que pasan y no pasan dejando su estela de tiempos desvaídos en estaciones perdidas de la vida –polvo sobre polvo, vientos del pasado–, el camino del desierto se perdió en los recovecos de mi alma.

ROSA FORTTES GAJARDO, 79 años, Antofagasta.

¿Existen las sombrillas para cerros?

Mi taita me contó que esta ciudad está en el desierto, le pregunté: «Si esto es un desierto. ¿dónde está la arena?». Me señaló los cerros de color tostado, hechos de tierra y rocas. Me dijo: «No todos los desiertos tienen arena». Ahí me hizo más sentido, ¡por eso hace tanto sol! Tanto sol que el helado se derrite a mitad de camino a casa, tanto sol que entrecierro mis ojitos y frunzo el ceño, tanto sol que mi pelo me quema la manito al tocarlo si estoy afuera ¡Pobrecitos cerros! ¡No hay forma de que se cubran del sol!

CLARICE AGUILAR ANTIÑIRRE, 17 años, Antofagasta.

Son las ocho

Me desperté de nuevo tarde, tendré que buscar de nuevo un pase. La canción del tiempo sonando, un olor a marraqueta me está inundando. Me faltó hacer la mochila y la alarma no me supo llamar, ahora un reto de mi vieja tengo que bancar. Un arcoíris de autos en taco, bocinazos rítmicamente tocados y el locutor de una radio cantando «Son las ocho».

EMILIA BASTÍAS BERRÍOS, 15 años, Antofagasta.

Otra vez vuelve a ocurrir

Premio al Talento Joven

Las sirenas de la ambulancia despiertan al barrio entero. Los niños lloran, los perros ladran y los adultos se molestan. Bajo sus miradas, siguen los colores azul y rojo subiendo con desespero. Para nadie es sorpresa escuchar: ¡Una toma se incendia en el cerro!

ANTONIA LEDEZMA SIUS, 16 años, Antofagasta.

Frío

Aunque hacía frío, mi familia y yo fuimos al Balneario a hacer un tecito.

ANTONELLA OLIVARES ARAYA, 10 años, Antofagasta.

Contradicción

Cómo evitar contradecirme si toda mi vida he vivido entre cerro y mar.

ALLISON MARTÍNEZ MENA, 27 años, Antofagasta.

Llegando al desierto

Venía desde el aeropuerto, primeros pasos en la ciudad de Antofagasta, no podía creer que no existieran árboles, que no hubiera un mísero arbusto en toda esa extensión de tierra, que había llegado al desierto en toda su magnitud. Ni un riachuelo marcaba la silueta de la naturaleza, canales secos se veían a lo lejos, índice de alguna esorrentía antigua. Había llegado a la tierra más estéril que jamás hubiera conocido.

CONSTANZA MORALES GAJARDO, 28 años, Antofagasta.

Aluvión

Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma, dijo el anciano mirando el Cerro del Ancla. Aquella noche se desangró el cielo y una lluvia furiosa azotó La Perla del Norte por el lapso de tres horas. A la mañana siguiente un montículo de lodo, cuerpos, autos y piedras gigantes se encontraban frente a su casa, tapiando su puerta.

MILKO CEPEDA GUERRA, 51 años, Antofagasta.

La 103

Como recién llegada a Antofagasta, tomó la despreocupada, valiente y curiosa decisión de tomar una 103. Se subió, pagó, esperó el boleto, recordó que no es igual al sur, avergonzada se sentó y se entregó a un viaje por toda la costa de Antofagasta: vio su gente, sus colores, su mar y su atardecer en La Portada. Cuando la micro llegó al terminal norte, se bajó, miró hacia la ciudad y en ese preciso instante se enamoró de La Perla del Norte.

BETZABÉ CORVACHO BUSTAMANTE, 35 años, Antofagasta.

Una incógnita

¿Será que La Portada es una ostra y de ella nació una deslumbrante Perla?

DENISSE SEGOVIA GODOY, 29 años, Antofagasta.

El cercano Oeste

Primer Lugar

En el polvoriento Antofagasta de 1905, el nombre de Frank Boyd era sinónimo de sangre derramada. La prensa local lo presumió autor del asesinato de un policía. Fue apresado, se confesó culpable. Él era de Pensilvania y tenía un apodo, Sundance Kid. Sus días de aventura y atraco habían terminado, al menos por un tiempo. Buck y Meadows, investigadores privados, descubrieron que la noche del homicidio, Boyd estaba en el restaurante Universo con personas de rudos modales. Quizás el encuentro fue simplemente una desgracia producto del licor, como Boyd afirmó, pero la justicia había hablado y ahora enfrentaría las consecuencias.

JAVIER MUÑOZ CARRAZANA, 47 años, Antofagasta.

Teatro Bidwell

Semana de rotativas y platea llenas. Pero el espectáculo estaba en la galucha. Estaban dando *Lo que el viento se llevó*. Y soltaron un guajache. Quedó la toletole. La sala estaba en silencio, estaban dando una de terror y sonó un despertador antiguo, esos de dos campanas. Saltó la mitad del teatro. Así de divertidas eran las rotativas de antaño. En el Teatro Nacional del Puerto Salitrero.

RAFAEL AVENDAÑO MELÉNDEZ, 65 años, Tocopilla.

Último minuto

El árbitro permitía jugar la última jugada antes de finalizar el partido. Los hinchas locales dejaban salir todos sus sentimientos a base de gritos y lágrimas: se iba la oportunidad de consagrarse campeón y ascender a Primera División luego de diez años. El último centro viene dirigido hacia mí. Cabeceo, y la pelota se pierde en la red. Grito, lloro, salto, siento todas las sensaciones posibles. Mis compañeros me abrazan y yo no puedo creerlo, es todo lo que alguna vez soñé: Antofagasta asciende a Primera División.

BENJAMÍN BARRERA GONZÁLEZ, 19 años, Antofagasta.

Volantines

Mi padre fue el último volantinerero de Antofagasta. Aquellos cometas volaban en arcoíris por el cielo, imitando la bandera chilena, símbolos de fútbol u otros, con ellos se sorteaban recias competencias en las manos de los chiquillos. Cómo no recordar los coloridos papeles de seda, las varas de caña torneándose en sus manos y el pegamento sobre la mesa, mientras la cola caliente se derretía sobre la fogata. Él me enseñó a fabricarlos paso a paso, sin embargo, creo que no me enseñó a darles la magia que él les añadía.

TANIA SEPÚLVEDA INZUNZA, 53 años, Antofagasta.

El abuelo en Amarilla

Cuando pienso en el abuelo, lo primero que recuerdo es su enigmático y veloz estilo humorístico, además de su exuberante y burlona risa. Nunca olvidaré la primera vez que me llevó a Playa Amarilla en Coloso y me regaló su primera charla de pesca mientras tomábamos una aromática taza de café. La cabrilla, me dijo, pica en la orilla, la corvina pica en la esquina, el lenguado pica de lado y ¿el tomoyo? Y, sin siquiera permitirme responder, se fue riendo y riendo a pescar. Al primer lance sacó una corvina en la esquina.

MARIO CASTILLO SUÁREZ, 49 años, Antofagasta.

Olor a metal

Con los ojos vidriosos y hundidos en las cuencas se aferraba a los barrotes de la reja. Sentía ese olor metálico que se impregna en la piel y la nariz. El sonido de fondo le agitaba el corazón como a ese niño que jugaba en la pampa ochenta años atrás y que al llegar a Antofagasta miraba boquiabierto, con una pelota de cuero en los pies, a ese gran gusano de hierro que gritaba sobre los rieles atravesando la ciudad.

CLAUDIA ALFARO TELLO, 38 años, Antofagasta.

En las faldas del cerro

Recorro los cerros con la mirada y diviso la última casa que se asoma en la cúspide, como si se tratase de una cebra. Giro, poso mi mirada en el mar un segundo y luego vuelvo a buscar la casa. No es la última, es la primera. La ciudad comienza allí.

FRANCISCO-JAVIER RÍOS ARAYA, 36 años, Antofagasta.

Nuevos habitantes de la Avenida Brasil

Al inicio de este año llegaron ocho parejas de loros que, con sus gritos característicos, hacen recordar mi infancia en otras latitudes. Es un misterio por qué están aquí, ¿de qué se alimentarán en esta ciudad de cemento?, ¿se quedarán por largo tiempo entre palmeras y vetustos árboles de la familia mirtáceas?, ¿seguiremos gozando de su presencia ruidosa en nuestro principal pulmón verde?, ¿seguirán compartiendo espacio con palomas, tórtolas y gorriones?

HÉCTOR SANTANDER MATURANA, 76 años, Antofagasta.

Mi perro Fido es de Antofagasta

Fido tiene 7 años, le pregunté a papá dónde compró a Fido y me contó que un día, camino a su trabajo por la Cachimba, del agua vio a un cachorro enfermo, estacionó, lo tomó en el pecho y en ese momento saltaron muchas pulgas. Lo llevó al veterinario y, por lo mal que estaba, el cachorro debía quedarse tres días. El veterinario llamaba todos los días a papá desconfiado que no lo recogerían. Mi papá volvió por él, lo llevó a casa y es mi mejor amigo. Fido, cuando sea grande quiero rescatar a un perrito en Antofagasta como hizo papá.

MIGUEL MERCADO VALDA, 9 años, Antofagasta.

Rebeldes

Vivimos en la caleta, nos saltamos las rejas que no debemos saltar. Somos lobos marinos rebeldes.

CATALINA GALLARDO JARA, 12 años, Antofagasta.

Colibrí

Todas las tardes, sin falta, llegaba el colibrí a mi jardín, volaba de flor en flor, esquivando los zarpazos de mi gata. Últimamente ha dejado de venir, espero que esté bien.

SOFÍA ISIDORA C. MONROY, 15 años, Antofagasta.

La cazadora de patos yecos

Mi antigua perrita era sumamente hábil en el ritual de correr a la playa y volver en 15 minutos con zapatos, guantes y casi cualquier cosa que habitara las playas de Antofagasta.

CRISTÓBAL MORALES VALENZUELA, 17 años, Antofagasta.

Criatura

Todos comentaban sobre la siniestra criatura que se asomaba a lo lejos entre las olas. Cual historia de Lovecraft, algunos afirmaban haberla visto desde el muelle, otros decían que por las noches se escuchaban sus rugidos, hasta los pescadores decían que en las profundidades del océano lograban ver su silueta comiendo especies más pequeñas. Finalmente se acercó a la orilla y se dejó ver por los ciudadanos en la caleta: tenía aletas y podía desplazarse en tierra, algunos le tomaban fotos. Lobo de mar, le decían.

HAYLIN PÉREZ AYALA, 22 años, Antofagasta.

Campamento nocturno

Premio al Talento Mayor

En las Dunas de La Chimba pude ver, desde la altura, la ciudad encendida, como un bosque en llamas. De pronto, al bajar la vista, en un par de segundos, todo se había apagado: Era la camanchaca que bajaba implacable, humedeciendo hasta los pensamientos para deleite de las copiapoas y cactus San Pedro que querían apagar su sed. Fueron minutos en que la luna desapareció y se borraron las sombras pétreas, dejándome envuelta en el frío de la garúa nocturna. Luego, la ciudad volvió a encenderse como un bosque en llamas.

PATRICIA CARRIZO CARVAJAL, 66 años, Antofagasta.

¿Quién es esa mujer?

Cuentan que en las noches, en los cerros, aparece una mujer gritando, pidiendo ayuda. Dicen que lo hace para llamar la atención de la gente. Nadie sabe lo que pasa si te acercas a ella, unos dicen que te mata y otros que te lleva a su casa oscura, pero lo más raro es que nadie le ha visto la cara. Dicen que si vas a su casa puedes escuchar sus gritos y quizás verle la cara.

HADDE PEDREROS ARIAS, 12 años, Mejillones.

Noche mágica en el muelle salitrero

Pensando en nada estoy en el muelle salitrero, miro a las focas dormir. Una de ellas me habla: «Ven a donde Dios más nos quiere». Veo al sol y a la luna coexistir y el agua tiene color, pero en microsegundos me detengo en la acción y me veo a mí mismo en la orilla del muelle. ¿En qué estaba pensando?

JOAQUÍN FLORES PIÑONES, 13 años, Antofagasta.

Fotógrafo de cajón

Aquel baúl había acumulado caóticamente fotos sueltas que, huérfanas, solitarias o sobrevivientes, habían llegado allí desde las más variadas cajas de todos los tiempos. Desembarcó a mi mente el recuerdo de ese hombre único, de sombrero de ala y corbata de hilo, que plasmaba por el lente el mágico retrato de algún niño en el león de la plaza Colón o en el desfile de domingo las organzas de la coqueta joven de ayer. En algún lugar del baúl quedó la nostalgia de Caruzo, el último fotógrafo de cajón de la plaza Colón... mi abuelo.

ARACELLI MARÍN AGUILAR, 62 años, Antofagasta.

Puertas del sol

Nombrados por la tierra madre y el sol padre como sus caballeros, con espadas de cobre dando apenas toques sobre sus hombros, nacieron así los guardianes de la línea imaginaria. Imponentes e inamovibles yacen hoy los leales centinelas frente al Arco de los Cuernos de Cabra, aquellos monolíticos guías de la imaginación que, tintados de verde, esperan el día en el que su sombra desaparece bajo sus pies. De noche las estrellas les harían compañía si las nubes se lo permitían. De día los pájaros y las lagartijas pasearían sus ojos por sus cabezas.

ALLAN RAMÍREZ CABEZAS, 18 años, Antofagasta.

Alicanto

En un anochecer sin fin, con tan solo una linterna, una batería y un sombrero, el hombre sale a buscar algo que ni el más rico de San Pedro de Atacama podría tener. En su búsqueda, halló rastros color plata y dorado. Más tarde, una quebrada gigantesca y, al lado de ella, un nido que de tan solo mirarlo ya sabías de qué se trataba. Con deseo y ambición, el hombre tomó todo el tesoro que contenía el nido, cuando intentó correr ya era tarde, unas garras y un cuerpo dorado se hallaban a centímetros de él.

JULIO CHACÓN TEJERINA, 13 años, San Pedro de Atacama.

El misterio de la piedra negra

En un pueblo cercano a Antofagasta se encontraba una enorme piedra negra que todos temían. Cuentan que tenía poderes malignos y que quien se atrevía a tocarla sufría las peores desgracias. Pero un día, un niño llamado Nicolás decidió investigar el misterio de la piedra negra. Con valentía, se acercó y tocó la piedra sin miedo. Para su sorpresa, no pasó nada. Al contrario, la piedra comenzó a brillar y reveló un gran secreto: era un meteorito de gran valor científico. Desde entonces, la piedra negra fue un orgullo para el pueblo.

NICOLÁS ZÚÑIGA POBLETE, 29 años, Antofagasta.

Salto mágico

Cada cierto tiempo viajo. Cuando llega ese momento tan esperado tomo mi mochila y las ganas de recorrer. Un día decidí ir a Taltal, en la ruta no había nada extraño, hasta que una densa neblina comenzó a envolverse, todo se quedó a oscuras. Luego de unos minutos de incertidumbre se despejó y comenzaron a saludarme burros, zorros, vicuñas, lagartijas, jotes, entre otros. El paisaje era aún más hermoso y más verde. Desde ese entonces descubrí que la densa neblina de Paposos es un salto mágico a una dimensión de la naturaleza desértica.

DANIELA ARAYA MANRÍQUEZ, 39 años, Antofagasta.

Quimera realidad

Prometió que nunca lo iba a olvidar, que jamás serían desechadas las risotadas infantiles en la escuela Juan López, los cientos de juegos improvisados en la plazoleta de El Olivar y las maldades compinches entre los dos, jugando al ring-raja en la Prat B. Pero el tiempo no es compasivo, ni siquiera a veces con los recuerdos maravillosos. El niño Miguel, cuando creció, nunca más regresó. Su amigo imaginario aún lo espera en el cuarto de los cachivaches.

ALEX PÉREZ IBACACHE, 42 años, Calama.

Juan López

Los niños jugando en la arena y en el mar con la pelota. Los padres los acompañaban o algunos los veían desde lejos, mientras que unos caballeros gritaban que a 500 estaban los helados... recordaba mientras iba en el bus camino a la escuela.

VALENTINA ORDOÑEZ MUÑOZ, 12 años, Antofagasta.

Queremos saya

La música resuena en mis oídos, me hago consciente, estoy en el anfiteatro, es temporada de rancho en el C.S.A., el caporal sonando, danzando ando.

MARTINA ABREAUX GONZÁLEZ, 16 años, Antofagasta.

El secreto de los gatos

Premio al Talento Infantil

Por las noches, cuando el Teatro Regional cierra sus puertas, los gatos que lo habitan practican sus números artísticos. De vez en cuando, invitan a todos los gatos de la ciudad a presenciar sus espectáculos. Ellos se visten con los trajes de los artistas y se maquillan. Usan efectos de luz y sonido. En fin, todo lo necesario para realizar sus musicales, conciertos y obras. Así que, si una noche pasas por el teatro y oyes ruidos extraños, no te asustes, son los gatos.

MILA YURAC WALTEMATH, 11 años, Antofagasta.

León domado por niños

Siempre pensamos que los leones son salvajes y que no se pueden domar, pero hay un león en Antofagasta que se deja domar solo por los niños.

MARÍA JOSÉ AGUIRRE VILLALOBOS, 17 años, Antofagasta.

Receta mecánica

Dos latas vacías de cholgas para las ruedas traseras y dos de paté pajarito para las delanteras. Cuatro alambres de tres para el chasis y los ejes y uno de metro para el volante. Alicata y martillo para doblar curvas y ajustar volante en el eje delantero, al gusto del cliente una carrocería de lata de leche condensada con un cabo de vela como foco nocturno y de carrocería tarro aceitero cortado o entero dependiendo del transporte a llevar. Y listo el camioncito de lata, y a jugar recorriendo callejones y cerros.

HIGINIO CORTÉS VEGA, 69 años, Antofagasta.

El afilador

Es distinto a todos los demás, cuando lo escuchas te sientes como una serpiente saliendo de un canasto de mimbre.

BÁRBARA ROJAS MERCADO, 29 años, Antofagasta.

El pirata del desierto

Lo conocí a fines de los setenta. Su negocio era la música (pirata). Estratégicamente situado en medio del desierto, a un costado del paso a nivel frente a Mantos Blancos, se lanzaba al abordaje de cuanto vehículo se detenía en la línea férrea, ofreciendo su precioso botín discográfico. Al comienzo eran solo casetes. Más tarde, ya entrados los noventa, llegaron los CD y unos años después los DVD. Para el 2010 solo mantenía unas pocas tarjetas de memoria. En mi último viaje no lo vi. Creo que Spotify lo mató.

SUSANA MARTÍNEZ DE LOS RÍOS, 63 años, Antofagasta.

Ella piensa

Mientras los recolectores de algas luchan contra las olas para juntar lo que la marejada les dejó durante la noche, ella, sentada al borde del farellón, observa y piensa... «¿por qué no está él aquí?». Mira el infinito horizonte y no se conforma... no entiende ni comprende... solo sabe que ya no está... las algas son las culpables de su larga ausencia... su hijo no volverá... como vuelven las olas una y otra vez, ¿pero esta vez, quizás... vuelve y regresa a la orilla como las algas? Suplica al Supremo. El mar ha sido generoso... tal vez mañana regrese... ella piensa.

JAIME LEPE ROJO, 65 años, Antofagasta.

4x3, 5x2, 7x7

Premio al Talento Breve

Para muchos eso da 12, 10 y 49. Para mí significa los días de descanso que puedo ver a papá.

CAMILA CERDA SILVA, 24 años, Antofagasta.

Comarca de Taltal

Atravesó la costanera como marino por su puerto, desaprensivo y con la lentitud de una mañana de sol. Un vuelo de gaviotas y el olor del puerto lo invitaron a bajar a las arenas, entonces, entre espuma blanca y olas amigas, se alejó aleteando en el mar.

PEDRO OSORIO AGUILAR, 71 años, Antofagasta.

Microcarta de amor

Nos conocimos en una escuela en donde no estudió ninguna de las dos. Fuimos vecinas en la misma población y no nos topamos ni una sola vez. Las dos llevamos nombres de pájaros y hemos volado juntas hacia otros lugares. Recorrimos de Huáscar hasta las calles de Rica Ventura buscando papas fritas. Querida, nuestro nido ubicado sobre el árbol de mangos es mi lugar favorito en toda esta ciudad.

ALONDRA BARRAZA CRESPO, 32 años, Antofagasta.

Cita

Miró la hora: 10:15. Ya casi. Terminaba de echar los huevos duros y la sal a la vianda. Irían a la Laguna Inka Coya a pasar la tarde. Dudó si acaso los huevos serían suficientes o fomes. Entonces, recordó que un Romeo bien jugado había invitado a una chica a la playa para compartir unos tarros de jurel en la primera cita. Que botaron el jugo en la arena y los comieron con las manos mientras atardecía en Antofa. Terminaron escribiendo SAL debajo de sus nombres. Quizás ellos harían lo mismo con los suyos en el desierto.

ADRIÁN ARQUEROS LILLO, 29 años, Calama.

Paseo diario

Saltando va el perro en su paseo diario por la plaza, veo su alegría en la cola que se mece rápido lado a lado. Levanta la pata en cada árbol y amarrado por el cuello corre en lo posible oliendo aquí y allá. Se mira con otros perros callejeros que caminan buscando nada y algo se dicen en su lenguaje. Yo lo tiro con la correa, sigo hasta llegar a la esquina y vuelvo. Quince minutos es suficiente. Llegamos al pequeño departamento y lo dejo en el minúsculo balcón. Él toma agua y ladra. Los callejeros miran para arriba.

CÉSAR ARAOS LOYOLA, 59 años, Antofagasta.

La postal más bella

Cada vez que paso por el muelle histórico, no importa si voy en auto, en micro o a pie, ni siquiera si estoy ocupada, colgando en la pisadera o hablando por celular con mi jefe, siempre debo asomarme a ver a los lobos marinos que toman el sol de guatita, todos juntos a la orilla del mar, como si Antofagasta fuera una postal. En ese instante todo comienza a marchar en cámara lenta, incluso mi vida se siente más tranquila.

LILY WALTEMATH ESCOBAR, 41 años, Antofagasta.

Bala encontrada

Mención Honrosa

La llaman «bala loca» o «bala perdida». Yo elegí llamarla «bala encontrada», porque la encontraron en la cabeza de Javiera. Tenía cuatro años y dos meses. Un lunes de marzo dormía en su camita con cobertor rosado de Barbie, soñaba con ser princesa, estaba cerca de la ventana... una riña, un disparo y la bala fue encontrada.

ELIZABETH DÍAZ DÍAZ, 49 años, Antofagasta.

La vianda de mi padre

Al morir mi padre en un trágico accidente, lo único material que me unió a su recuerdo era aquella vianda. Mi madre la compró en la pulpería. Era de color blanco, enlozada, con cuatro compartimentos. Al escucharse el pitazo de la una, yo le llevaba al trabajo la vianda con el almuerzo. Él se alegraba al verme y compartíamos cariñosamente esos minutos. Como éramos pobres, mi madre pronto la vendió. ¡Cuánto lloré aquel día al ver que otro niño caminaba con esa vianda por las calles del campamento salitrero, llevándole la comida a un hombre que no era mi padre!

MANUEL GONZÁLEZ CRISTI, 75 años, Antofagasta.

Ojos color norte

He vivido aquí toda mi vida, entre el mar y los cerros de Antofa. Mi mamá creció cerca del cielo, mi papá rodeado de verde, y yo en medio de ambos, con sal siempre en el pelo y tierra en los zapatos. Yo creo que por eso tengo los ojos color norte: el café claro del desierto y las pintas del verde que mi papá se trajo del sur.

VALERIA MORENO OLMEDO, 26 años, Antofagasta.

Amor de madre

Sin despegar la mano de su maleta, con sus ojos llenos de lágrimas y sintiendo el frío de la madrugada, había conquistado un rinconcito donde podía ver la entrada de los buses. El terminal de Antofagasta está atestado de gente, en su mayoría faeneros dirigiéndose a su trabajo, mujeres y hombres con el rostro desganado. Y ella con su corazón apretado, recordando que salió en puntillas de casa para no despertar a su pequeña princesa.

CARMEN YUCRA VELARDE, 46 años, Antofagasta.

Antofacienta

La madrastra y su hermanastra la odiaban. Su papá las había dejado cuando se fue de viaje a Bolivia y nunca más volvió. Sus malvadas parientas la mandaron a limpiar autos al centro para explotarla y costear sus vicios. Un día, frente a la Biblioteca Regional, conoció al «Príncipe», el mejor cuidador de autos de la Intendencia. Él la llevó a su palacio en el campamento Luz Divina. Fueron felices hasta que por causas desconocidas se divorciaron.

JUAN CASTILLO YUPANQUI, 55 años, Antofagasta.

Recreo

Tropecé mientras escapaba de un caballero que me confundió con un molino de viento. Cosas que me pasan por perseguir conejos blancos. Tropecé y me fui de bruces por un túnel en caída vertical que pronto se volvió horizontal. Debí caminar buscando la luz. Afuera me encontré en una selva amazónica donde un indígena escapaba de una cacería humana y allá, muy lejos, divisé a un piloto que, sentado en el borde de un cerro, hablaba con un niño con el pelo como trigo maduro. El timbre me asaltó por sorpresa. Entonces cerré el libro y caminé a la sala.

GISELA CONTRERAS BRAÑA, 46 años, Antofagasta.

Abuelo Mota

Algunos de esos domingos, en que llegaban a la caleta a buscar el pescado para el almuerzo, lo encontraban durmiendo en alguna vereda. Su cansancio de viejo pescador madrugante ya era fuerte, pero no tanto como el efecto de su vino. Ni el sol en la cara ni la sed ni el ruido de las calles eran capaces de despertarlo; pero le bastaba tan solo oír la voz de su nieta saludándolo emocionada para salir del letargo y darle el abrazo somnoliento y avinagrado más dulce del mundo.

FELIPE ANDRADE LEGUA, 34 años, Antofagasta.

El cahuín

Olor a jazmín expele el lugar. El ambiente está movido, es sábado y los mineros y marinos invaden el boliche. Cervezas, tabaco y música lo ambientan. Las chicas corren a buscarse un cliente que les pague su noche, los chicos choros por el alcohol discuten y gritan, la regenta de la casona se impone con fuertes gritos, los músicos siguen tocando. Naty, la preferida, ya está ocupada. El Sofía, la casona en calle Loa, donde ahogas la pena de tu soledad solo por una noche. Puedes recibir cariño y amor hasta agotar el sueldo y vuelves a la pensión vacío y sin dinero.

MIGUEL ÁNGEL DONOSO JEREZ, 61 años, Antofagasta.

Por culpa de un odeón

Al compás del odeón se conocieron. Él se acercó y la acompañó hasta su casa. En el preciso momento en que se estaban despidiendo, la madre espantada al ver a su hija en compañía pegó un grito que la aturdió y quedó desmayada. Al día siguiente el joven fue mandado a buscar para que explicara las intenciones que tenía con aquella dama. Al entrar vio a la señora que con escopeta en mano lo esperaba, y sin darse cuenta salió de aquella casa con casorio encima, pero sin ninguna bala que lo atravesara.

ALEXANDRA POZO AYALA, 35 años, Antofagasta.

Un día en el Programa Adulto Mayor

Cuando entré enseguida me aplaudieron. Mi traje negro con lentejuelas y el plumaje rojo alrededor de mi cuello hacían juego con el espectacular largo collar dorado. La música y las luces imaginarias me transportaban al año 1889 del barrio rojo parisino. Me divierto en el «escenario» y agradezco a este público singular que me ovaciona y me hace descubrir otros talentos artísticos que no sabía que tenía. Dejo afuera mis preocupaciones y me enfoco en mi elegante andar francés. Mi público es respetuoso y talentoso. Hoy soy una hermosa bailarina de cabaret y tengo 77 años.

FRANCY GONZÁLEZ LACRUZ, 54 años, Antofagasta.

Esas noches en la Avenida Brasil

Hace tres años, en tiempos de pandemia, siempre en las noches íbamos con mi mamá a la Avenida Brasil. Era genial, hasta la señora dueña de los juegos nos reconocía cuando íbamos. Hace como un año que ya no voy, y los juegos ya no están o simplemente los encuentro aburridos... tal vez solo crecí.

FRANCISCA AYALA RAMÍREZ, 12 años, Antofagasta.

Roca al mar

Con mi familia solíamos ir a la playa Trocadero a tirar rocas al mar, para que rebotaran dos o tres veces sobre él. Recuerdo que en una de esas veces encontré la roca perfecta: era circular, lisa y del tamaño ideal para tirarla, pero justo nos tuvimos que ir y mi papá me dijo que la conservara para una próxima vez. Hasta ahora no la he usado y sigue guardada en mi cajón, pues no he vuelto a ir y mi papá tampoco ha vuelto.

AMELIE L'HUISSIER ÁLVAREZ, 15 años, Antofagasta.

Mercado

Casi no veo a mi papá, por eso siempre espero el fin de semana con ansias para disfrutar de una cazuela en el mercado junto a él.

CAROLINA CHOCOBAR MONARDES, 16 años, Antofagasta.

Olimpo

Oí sobre un mítico lugar donde un dios sostenía una galaxia entre sus dedos; creía que era imposible. Bajo una bóveda celeste y resguardada por millones de estrellas, contemplé un trozo del Olimpo: la Mano del Desierto.

DANIEL ARCE MORALES, 36 años, Antofagasta.

Antofagasta a crochet

Quien sea que haya creado Antofagasta, comenzó tejiendo un anillo mágico con seis puntos bajos para la plaza Colón. Fue añadiendo aumentos para llegar a la Biblioteca Regional de Antofagasta y continuó tejiendo el resto de la ciudad.

FRANCISCA HUACA ROJAS, 13 años, Antofagasta.

Se robaron el León

Dicen que se lo robaron para fundir su cuerpo y vender ese metal precioso por un par de pesos, lo que nadie sabe es que Leónidas era un león salvaje que llegó a Antofagasta en el arca de Noé, todos le temían por ser un salvaje. Un buen día se encontró con un par de señoritas muy amables y de acento extraño que le regalaron una flor para adornar su melena. En agradecimiento Leónidas se quedó junto a ellas para cuidarlas, pero dicen que a veces se escapa...

GISELLE RAMÍREZ HERNÁNDEZ, 29 años, Antofagasta.

El más famoso

Cientos de personas cruzan día a día por ese paso peatonal. Observan, ríen y comentan al encontrarse con el más famoso de Antofagasta: el perro Vaquita.

ALEJANDRA CORTÉS NÉVEZ, 34 años, Mejillones.

Huanchaca

Su padre desde niño le dijo que aquella mano enterrada en el desierto era la del primer gigante que habitó en Antofagasta, que su nombre era Huanchaca y tenía un gato de color negro, que estaba pintado en una muralla en el centro de la ciudad. Que su casa estaba en ruinas y que era tan grande, que el ancla del cerro era su llave y La Portada su cerradura.

FRANCISCO GERALDO GUTIÉRREZ, 35 años, Antofagasta.

Puerta a la luna

Tenía 5 años y una vez al mes mi abuelo me llevaba a La Portada. Bajábamos por una gran escalera y almorzábamos sándwiches. Era algo fascinante y me encantaba muchísimo escuchar sus historias. Nunca olvidaré cuando me dijo... hijo, esa es una puerta a la luna. ¿La Portada?, pregunté incrédulo. Asintió con su blanca cabeza y cambió el tema. Curioso pregunté por qué decía eso. Me miró y me dijo: Para llegar a la luna deberás cruzar por ese portal cuando seas muy grande. Mi abuelo murió una noche de luna. Creo que me mira desde allá.

MARCO ANTONIO ROJAS OVALLE, 57 años, Antofagasta.

La lluvia en Antofagasta

Veía el cielo acompañado de una bella luna nocturna. De repente sentí una gota de agua, miré otra vez al cielo y sentí más gotas. Entonces mi mamá me llamó y me preguntó qué pasaba. Cayeron más gotas y me di cuenta de que era una lluvia. Me emocioné mucho, porque llovía en Antofagasta.

MONTSERRAT FIGUEROA OLIVA, 10 años, Antofagasta.

La Portada

Los planetas molestaban a la Tierra por no atraer la atención, así que le crearon un anillo de piedra en el mar, que dejaría con envidia hasta a Saturno.

CRISTÓBAL PEREIRA CONTRERAS, 11 años, Antofagasta.

La mano y su estrella

En tiempos antiguos se decía que un sujeto crio a un gigante, el cual le decía que cuando muriera se convertiría en una estrella. Al morir, el gigante se quedó quieto apuntando a su persona querida. Y así pasaron los años hasta que solo se ve la gran mano del gigante señalando a su luz fugaz del cielo.

EDUARDO GONZÁLEZ BECERRA, 15 años, Antofagasta.

Antofagasta Astronómica

Y el universo se dio cuenta, también las galaxias, los exoplanetas, los asteroides y los cometas no quedaron ajenos. El polvo cósmico y hasta los hipotéticos puentes Einstein-Rosen estaban sorprendidos. La nube magallánica dio la alerta. Los pulsares y cuásares recibieron la noticia y los monstruosos agujeros negros lideraron la reunión. «No estamos solos», se dijeron. Allá, muy lejos, a muchos años luz, en un minúsculo planeta, en una extensa región, pero con una luminosa ciudad, han abierto una ventana a nosotros y nos observan con paciencia y claramente por primera vez. Antofagasta Astronómica: la ruta de los secretos estelares.

ABNER PEREIRA AEDO, 51 años, Antofagasta.

Apariencias

Él era un hombre sencillo, le gustaba caminar por las vías del tren y mirar la vieja fachada de la que algún día fue la casa del ferrocarril. Jugaba con los peces moribundos del balneario y comía completos sentado en la Avenida Brasil. Nadie nunca supo que conoció al ave de fuego, cobre y estaño. Eran amigos y, cuando él se cansó de las personas, se quitó el traje de humano, librando sus alas y sus garras de metal. Juntos bailaron y cantaron con la muerte, reflexionaron del pasado y se fueron volando por el cerro, al oasis del pecado.

AMANDA GONZÁLEZ GALLARDO, 18 años, Antofagasta.

El ancla antisísmica

En Antofa rara vez hay un sismo a gran escala. Tanto es así, que me he percatado de que su cerro tiene un elemento característico que ningún otro cerro tiene. Quizás el ancla en la cima funcione como amuleto antisísmico.

ÁLVARO CAMPILLAY JIMÉNEZ, 15 años, Antofagasta.

En lo alto

«Soy como la realeza», les decía, enaltecido en mi modesto castillo en las cumbres del cerro, tan exiliado como los reyes.

RAYÉN GONZÁLEZ ASTUDILLO, 16 años, Antofagasta.

Ángel Custodio

Era más bueno que el pan. Tocaba el arpa como nadie, no era ambicioso ni amigo de lo ajeno, tenía unos ojos tan celestes como el cielo matutino y siempre tenía una sonrisa en su boca, mostrando los dientes chuecos. Su nombre era Ángel Custodio, le decíamos Cotoyo. Su casa era una pieza llena de cachureos allá en la Lautaro. Una vez contó que estaba escribiendo la verdadera historia sobre mi abuela, un libro descarnado. Ella se horrorizó al escucharlo y dejó de ayudarlo. Cuando él falleció, el supuesto libro nunca fue encontrado. Un ángel embriagado lo quemó.

SOFÍA RAMOS WONG, 41 años, Antofagasta.

Pancho

Se vino en barco desde «Pancho» cuando era una niña. Jamás dejó de ver el mar. Creció con los guajaches y cerros. Dedicó su vida a servir y ayudar a otros. Dejó su vida aquí y nunca más regresó a su tierra natal, pero donde quiera que estemos, ahí está mi mamá, siempre sonriendo, agradecida de su norte que le dio su casa cerca del Trocadero, junto al Galeón, donde desaparecen los barcos y solo se ve el sol.

JENNY VARELA GONZÁLEZ, 49 años, Antofagasta.

Escombros

Había llegado a la mina proveniente de Calama. Allí manejaba un tractor. Con él arrinconaba los residuos de la fundición que luego eran transportados por trenes cargados de tabletas de cobre y escoria. Usualmente se detenía al borde de la mina con la mirada perdida hacia su ciudad, quizá nostálgico o distraído o quién sabe. Aquella vez tan absorto estaba que no se percató de que se había parado sobre los rieles del tren. Al final del día su cuerpo seguía enredado entre las ruedas de la locomotora, aplastado por cobre y escombros.

JACOBO VILLALOBOS MIJARES, 28 años, Antofagasta.

Parecido a un volcán

Cielo gris y mal olor, a lo lejos se aprecia humo y fuego. No es un volcán, es la quema de basura ilegal.

DANIEL HENRÍQUEZ VIDAL, 33 años, Antofagasta.

Las fiestas en Antofagasta

Cuando llegué desde Bolivia, el sol en Antofagasta brillaba en el cielo azul sin nubes. Los habitantes salían a las calles para disfrutar del clima cálido y la brisa del mar. Una vez al año, durante el festival de la ciudad, todos se reunían para bailar cueca y comer empanadas de pino mientras admiraban el hermoso paisaje del Pacífico. Esto es lo que me gusta de esta ciudad. Esto es lo que más me gusta de esta ciudad: su gente y sus tradiciones.

JHULIANA CUSÍ ARIAS, 13 años, Antofagasta.

Voy pal centro

La sangre caribeña se me enfría en el invierno de Antofagasta. Mejor voy a la barbería a compartir con mis chamos, quizás la música y las risas me vuelvan a calentar el corazón migrante... Aunque una afeitada tampoco me vendría mal.

NICOLE RÍOS KROYER, 36 años, Antofagasta.

Gimnasta

Se prepara para su acto, ha estado entrenando durante meses, así que no puede fallar. Nerviosa, se apoya en los hombros de los muchachos, quienes juntan sus manos para que ella pueda colocar su pie. Ha llegado el momento, la impulsan hacia arriba, da una serie de piruetas, un par de giros en el aire y finalmente se deja atrapar con los nervios a flor de piel. ¿Habrá logrado su objetivo? En respuesta el público, que esperaba la luz verde en el semáforo de Avenida Grecia, baja los vidrios de sus autos mostrando las brillantes monedas de 100.

JUAN ARAYA ULLOA, 21 años, Antofagasta.

Internacional

Comienzo en Argentina, luego hago una pausa en Brasil, continúo por Grecia y acabo el viaje en Croacia. Todo en menos de dos horas y sin salir de Antofagasta.

LEONARDO OLMEDO CORTÉS, 23 años, Antofagasta.

Paisaje

El carnaval de colores atiza el cielo de la plaza Colón para anunciar el término del encierro. Al fondo, en la pérgola de las golosinas, la radio a pilas en frecuencia FM premia al cantante más popular de la jornada. Por el ambiente flotan buganvillas y algodones de azúcar. El otoño cae furioso dentro de ese bolso. La notificación del whatsapp anticipa el cambio de ciclo. Un escueto «me devuelvo a Venezuela» se clava en aquellos oscuros ojos caribeños de donde empiezan a brotar cientos y cientos de hojas amarillas.

MARCELA FIGUEROA GATICA, 53 años, Antofagasta.

Chocolate y papas fritas

Por la tarde en la caleta compartíamos nuestras penas de adolescentes, comprábamos chocolate, papas fritas y mirábamos el mar. Después de que este nos escuchaba, lloraba y reía con nosotras, nos dejaba volver a la realidad... Ahora con mi hermana nos separan varias ciudades y a veces mirando el mar ella me llama, quizás los peces le avisan, debe ser que les entretiene escuchar tantos infortunios, ahora de la vida adulta.

DANIELA HENRÍQUEZ GONZÁLEZ, 30 años, Antofagasta.

Pucho chuquicamatino

Eran las 5:30 de la tarde en un Chuquicamata ventoso, hace un rato había sonado la tronadura de las 5, lo único que rompía el silencio eran los gritos de los niños en el mítico Maracaná jugando una reñida pichanga. Me acerqué a dicha cancha y me fumé un cigarrillo viendo aquel arduo encuentro sin saber que sería mi último cigarrillo como habitante de aquel místico lugar...

ALBERTO POZO PIZARRO, 35 años, Calama.

Dínamo

Fuimos los mejores de la Matta con nuestras camisetas albicelestes y zapatos prestados. En la cancha de población no había rival que nos opacara. Campeonatos de barrio llenos de vecinas vendiendo empanadas y completos para comprar una pelota nueva. El fotógrafo y entrenador nos alentaba como si fuéramos el Real Madrid y nosotros calentando a medio concentrar porque nos miraban las niñas de la población Papic. Hoy, viejos crack con más guata que caballo viejo, nos reímos del autogol que nos dio la victoria ese verano del 86.

ROBINSON OJEDA OJEDA, 49 años, Antofagasta.

Mágica medicina

Aquella niña antofagastina amaba los colores del atardecer en la playa, corría hacia la costa para ver el sol desaparecer en el horizonte entre tonalidades naranjas y rojas. Un día, desafortunadamente, enfermó y fue hospitalizada. Anhelaba ver nuevamente el atardecer playero. Enterados de su deseo, doctores unieron fuerzas, la llevaron en camilla a la costa para que disfrutara del espectáculo natural que tanto amaba. Miró el paisaje, sonrió con lágrimas y agradeció por tan maravillosa experiencia. Desde entonces su salud mejoró y todos los días espera con ansias ver, desde su ventana del hospital, el atardecer que la curó.

JOSEFA MESÍAS GONZÁLEZ, 16 años, Antofagasta.

Te recuerdo Catalina

Premio al Mejor Relato de la Memoria

El viento sopla violento en la pampa precordillerana, golpea las cruces de palos de las tumbas salitreras vestidas de olvido. La arena desgasta las ruinas de una plaza en donde alguna vez jugaron niños. El aire oxida rieles que encaminaron ferrocarriles cargados de esperanza para un país. Afloran cadáveres sonrientes de una buena vida. Señaléticas que giran de forma errática, apuntando a algún lugar que alguna vez también floreció en el desierto. Estos son los vestigios de vida de la oficina y estación Catalina.

FLORENCIA VILLAGRA CHEPILLO, 26 años, Taltal.

Zapatos

Cuando era pequeño, siempre jugaba a pretender que era mi papá, pero siempre me caía, parecía payaso con sus zapatos. Años pasaron y mi padre falleció, pero antes me dejó algo, eran sus zapatos con una nota que decía: «Hijo mío, al fin puedo decir con orgullo que ya no te quedan grandes».

VICENTE GONZÁLEZ FERRADA, 16 años, Antofagasta.

Aún la recuerdo

Abuela, cierro los ojos y vienen recuerdos. Estamos tomando leche con plátano en La Serenense, yendo a comprar frutas y verduras al Mercado. La escucho hablar de Punta de Rieles, el pueblo minero donde nació. La oigo retándome por no hacer la tarea, por olvidar darle comida al perro. Ahí está, regando las plantas, dejando mi uniforme escolar, limpio y planchado, cerca de mi cama; tejiendo a crochet sentada en un sillón rojo, haciendo soapillas pasadas en días invernales, escuchando atenta esos boleros y tangos que tocaban en Radio Antofagasta, que la hacían recordar su juventud. ¡Abuela, no la olvido!

MARÍA ANGÉLICA ALTAMIRANO DÍAZ, 60 años, Antofagasta.

El polvorazo de septiembre, 1967

Mención Honrosa

Con banderas negras y el corazón en las manos, todo Chuquicamata iba al campo santo. Eran todos hermanos. Lo eran en los campeonatos de fútbol, lo eran los domingos al almuerzo en el Club de Obreros y lo eran también en aquella hora nefasta. A las 8:58 del martes 5 de septiembre, el estruendo se sintió hasta en Calama. Los mineros corrieron de todas las faenas a rescatar hermanos entre la polvareda. Veintidós se llevó la parca. Veintidós familias dejaron sus casas. Anita nunca regresó al aula.

IVONNE ROJAS LÓPEZ, 64 años, San Pedro de Atacama.

El bus del viejo Segundo

De madrugada tomaba el bus rumbo a su turno. Lo hacía de manera desganada, no tenía esa vitalidad que tuvo en otros años. Se iba dormitando en el primer asiento, divisaba que siempre delante de ellos iba un bus celeste que no alcanzaban nunca. Un día por fin se pudo subir al bus celeste, y se sintió tan bien y relajado. No le importó que a su lado viajaran ancianas y jóvenes. Solo observaba que su pueblo y la mina se fueran alejando, viendo todo desde arriba como si fuese un ave. Por fin descansaba en el bus.

FERNANDO ARDILES ETEROVIC, 66 años, Antofagasta.

La extrema soledad de un algarrobo en el desierto

Nadie lo mira, nadie lo riega: jamás será un bosque. Ningún niño recogerá las semillas desprendidas por sus ramas. Nadie lo plantó ni lo talará: estará allí hasta que todo pierda su nombre. El sol mueve su sombra y es como si la persiguiera con la cruel libertad de quien no puede huir. En su espera sin respuestas busca palabras para lo que siente: es una puerta cerrada, un libro no leído, la justificación de un paisaje inútil. Cada día reprime angustiantes pensamientos, melancolía, hundido y de pie, igual que las personas solitarias agachando sus cabezas entre una multitud.

ALEJANDRO GAROTTI GASEP, 44 años, Antofagasta.

La caleta

No tardó en treparse a la reja, tampoco en dar un salto y tumbarse en el suelo por el resto del día.

SOFÍA CHI VERA, 16 años, Antofagasta.

La más radiante y hermosa

Con un tenue susurro y con tierna voz, recuerdo decir a mi madre que, cuando ella no estuviera a mi lado, mirara al cielo hasta que encontrara la estrella más radiante. Hoy que no está conmigo, cada noche miro hacia el cielo con mucha atención, hasta encontrar la estrella más hermosa y radiante, y puedo ver cómo su titilar dibuja su rostro con una hermosa sonrisa, justo en ese momento cierro los ojos y escucho su voz dulce y tierna que, de la manera más amorosa, como solo ella sabía hacerlo, me susurra al oído siempre estaré contigo, amándote.

MEL VILLARREAL PÁEZ, 12 años, Antofagasta.

Los pingüinos

Cuando era más pequeña los vi nadando y jugando en el agua. Eran blanco y negro, como una película antigua. Ya no los veo.

PÍA INGLÉS CÁCERES, 12 años, Antofagasta.

Ingratitud

Cuando es verano todos quieren que me vaya, pero cuando es invierno todos quieren que me quede, una triste realidad para mí, sol del desierto.

PÍA ÁNGEL PACHECO, 10 años, San Pedro de Atacama.

Un milagro en el desierto

En el árido desierto de Atacama, un cactus solitario llamado Espino soñaba con la lluvia. Día tras día observaba el cielo, sin esperanzas, hasta que de pronto las nubes grises llegaron y las gotas de lluvia acariciaron sus espinas sedientas. Espino sonrió, sabiendo que los milagros ocurren incluso en los lugares más secos.

ENZO AGUILERA SÁEZ, 16 años, Antofagasta.

El último atardecer del Pillín

El Pillín tenía bien puesto el nombre. Siempre que alguien entraba o salía de la casa intentaba arrancarse. A veces lo lograba y corriendo a la velocidad de la luz se perdía toda la tarde. Volvía sucio, herido y jadeante. Una mañana se escapó y no volvió más. Casi un mes después dieron en TVN Red Antofagasta un reportaje sobre los perros callejeros. Justo en la toma final, aparecía el Pillín rodeado de amigos, mirando el atardecer frente al mar infinito.

YERKO ZLATAR IRIGOYEN, 39 años, Antofagasta.

Antofagasta (IA)

Alma era una inteligencia artificial curiosa, se alimentaba de cualquier dato disponible. Las salitreras volvieron a la vida con detalladas recreaciones digitales. Los niños sumergidos con lentes VR espolvoreaban con sus pisadas los pasajes en plena pampa. La minería estaba completamente optimizada, sinfonía artificial. Las colonias se entrelazaban en comunidades digitales armoniosas. Se erigían grandes maravillas digitales, a veces naturales. Impulsos virtuales atravesaban el océano azul. Viento salado, arena polvorienta. Muevo los ojos frente al visor y selecciono con un pestañeo: «Cerrar sesión».

ROBERTO PASTÉN LABRA, 32 años, Antofagasta.

Invasión, julio 2020

«Hermanos, camaradas... Hoy es el día. Lucharemos, nos levantaremos del mar, saldremos hacia la costanera y lo más importante... ¡Comeremos todo el pescado que queramos! ¡Únanse a mí y conquistaremos toda la Segunda Región! –Atte. Comandante Bigotes, León Marino».

KARINA CÁCERES BUSTOS, 24 años, Antofagasta.

**ANTOFAGASTA
EN 100
PALABRAS**

**PARTICIPA HASTA EL
22 DE JULIO DE 2024 EN**
www.antofagastaen100palabras.cl

PRESENTAN

ESCONDIDA | BHP



MEDIOS ASOCIADOS

TVN



EL MERCURIO
DE ANTOFAGASTA

La Estrella
DE ANTOFAGASTA

COLABORA

